

LA OBRA DE SEGUNDO GUTIÉRREZ EN LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

JOSÉ M^a PALENCIA CEREZO

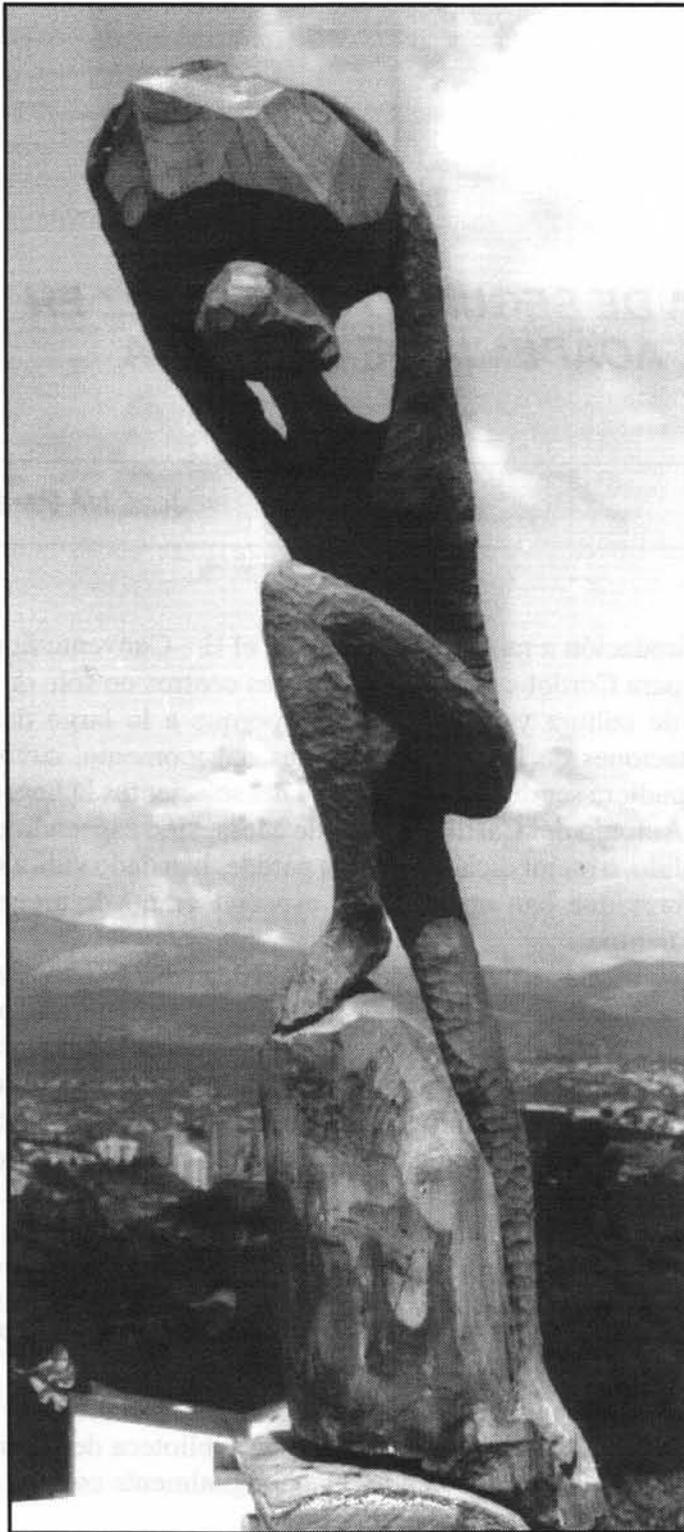
Desde su fundación a raíz de la Conquista, el Ex-Convento dominico de San Pablo ha sido para Córdoba uno de los mayores centros no sólo de espiritualidad sino también de cultura y arte. Y no sólo porque a lo largo de los siglos ha recibido aportaciones de los mejores artistas del momento, cuyo ejemplo más sobresaliente pudiera ser durante la centuria del seiscientos la llegada de obras de artistas como Antonio del Castillo o Juan de Mesa, sino especialmente porque de su solar han salido, o mejor dicho, entre sus paredes han dado vida a sus creaciones, diversos hombres que han aportado un especial grano de arena al panorama plástico de su tiempo.

Durante la siguiente centuria tendría lugar el episodio más sobresaliente, cuyos protagonistas más destacados fueron Fray Jerónimo de Espinosa, prolífico pintor cuya aportación a la pintura setecentista cordobesa no ha sido valorada todavía en su justa medida y Fray Juan Vázquez, al que la crítica decimonónica atribuye las imágenes de vestir de San Jacinto y San Felipe Benicio del retablo mayor de los Dolores y del que, por comparación formal, nosotros estimamos existen numerosas obras repartidas en diversos templos, especialmente en la propia iglesia de San Pablo y en la que fuera antigua de dominicos de Baena.

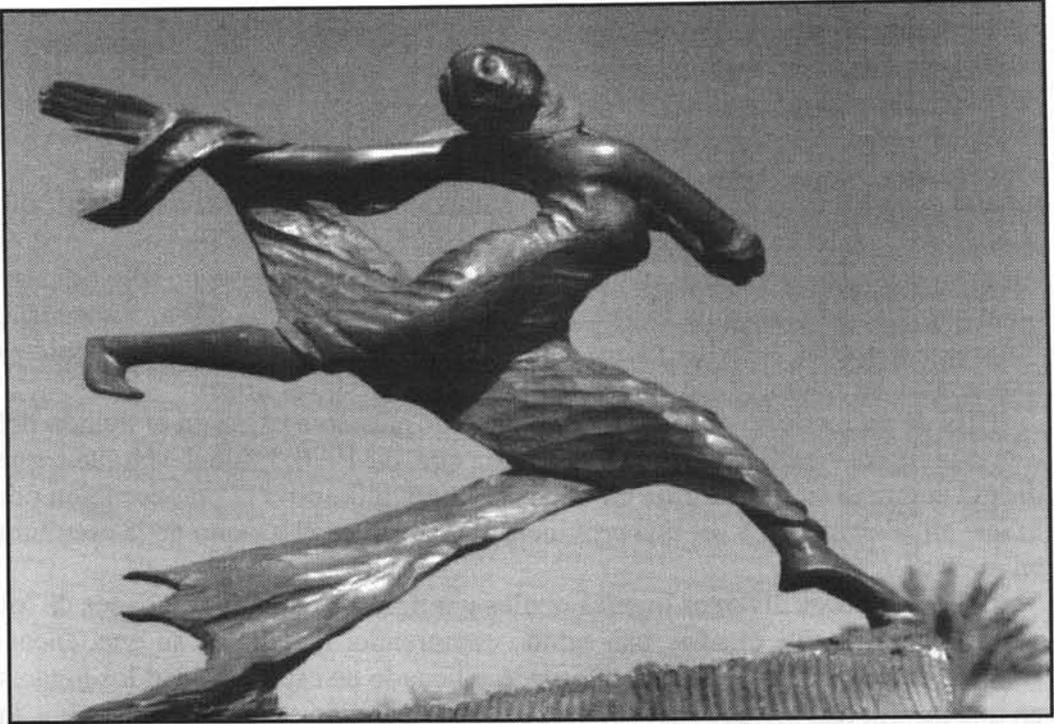
Pero el taller que ambos pudieron tener establecido en el interior del cenobio quizá nunca llegara a igualar en dimensiones e importancia al de Fray Antonio de Herrera, al que Teodomiro Ramírez de Arellano califica en sus *Paseos...* como “uno de los artistas más notables que ha tenido Córdoba”.

Arquitecto, escultor y ebanista, de su gubia salieron diversas cajoneras, los púlpitos y sobre todo la famosa estantería de la biblioteca del Convento, que tan elogiada fuera en su tiempo, habiendo llenado igualmente con sus creaciones los diversos conventos de la orden más próximos.

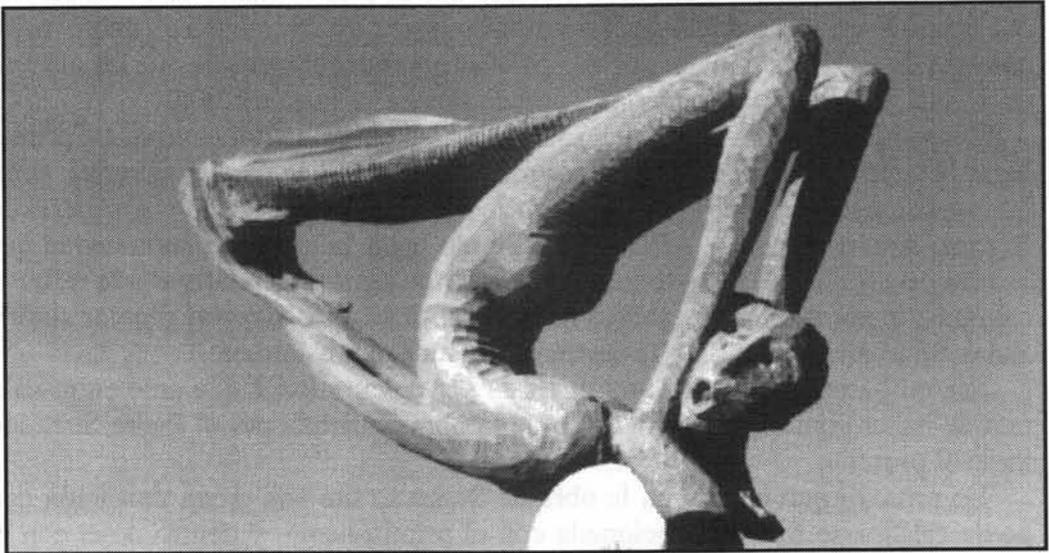
Pero si la Invasión Francesa, la Desamortización de 1835 y tantos otros negros episodios ocurridos durante el ochocientos dieron al traste no sólo con la singular tradición creativa de sus moradores sino con la propia orden dominica, durante el siglo XX, puede decirse, ha vuelto a renacer en su interior el ancestral espíritu



Suplicio de Sisifo. Cedro (Caracas). Acacia (Córdoba).



Iris (Mensajera de los dioses). Madera de caoba (Venezuela).



Suplicio de Tántalo. Cedro venezolano.

artístico que habitara entre sus celdas, claustros, iglesia y singular escalera. Comenzó en los albores de la centuria con el mítico Padre Pueyo de Val, que acometió la ardua tarea de restaurar el Convento acudiendo a los más prestigiosos artistas locales del momento, pero se ha producido fundamentalmente gracias a la persona del Padre Segundo Gutiérrez, sacerdote claretiano que, a pesar de ser natural de Bretó de la Ribera, pueblecito zamorano donde viera la luz un feliz día el año 1932, no ha dejado de elevar el nombre de Córdoba a los más altos lugares a donde ha podido llegar con su obra, entre los que se encuentran no sólo diferentes e importantes puntos de España, sino también de Francia, Italia, Venezuela, Filipinas, por citar sólo los países que más ha frecuentado con sus singulares inquietudes artísticas, gubia en el bolsillo y madera bajo el brazo.

Hijo de un modesto ebanista del pueblo, sus primeros pasos en el mundo del arte estuvieron vinculados a la pintura hasta que, en 1970, Miguel Márquez, que dirigía entonces su aprendizaje en Tenerife, logra infundirle la preocupación por lo que en adelante iba a ser una providencial carrera en el terreno de la escultura en madera.

Desde entonces diversos lugares civiles y religiosos de varias ciudades de los países anteriormente citados, han sabido comprender la valía de su arte, encargándole obras que han realzado, adornado y llenado de espiritualidad los lugares en que por fin han hallado reposo, después de haber sido sometidas a la gubia, la lerna, la cortadora, la pulidora y el arte que el Padre Segundo tiene instalado en un rincón del antiguo huerto del Convento de San Pablo de Córdoba.

Ello supo apreciarlo como nadie la Real Academia de Córdoba, que tuvo el acierto de llamarlo a sus filas como correspondiente el 25 de febrero de 1993. Y a ello ha correspondido Segundo de Dios, como tienen la gracia de llamarlo los que más lo quieren, con ese magnífico ejemplo que es este conjunto de obras centradas sobre diversas temáticas de la mitología clásica, ya que, según él, nadie mejor que las personas que pululan por ella podrían entender el mensaje que las mismas encierran, y por tanto entenderlas y apreciarlas en su justa medida.

Respecto a la obra de Segundo Gutiérrez se ha valorado siempre en primer lugar el hecho de la diversidad de las maderas que utiliza para ejecutarlas, entre las que se cuentan casi un centenar de variedades originarias de diversos países de Europa, América, Asia y África. En segundo lugar la incesante humanidad que comunican, y no sólo cuando giran alrededor de temáticas relativas a la religión cristiana. Y por último, su estética ha sido calificada por diversas plumas autorizadas como relacionada con la corriente artística expresionista.

Por mi parte me gustaría incidir en un par de cuestiones que creo entrever a raíz de haber contemplado el grueso de la obra realizada por el Padre Segundo hasta el presente.

Lo primero que percibí en la obra de Segundo fue una cierta sensación que podía calificarse o estar relacionada con el primitivismo, y dentro de él con el africanismo. Muchas de sus esculturas me traían a la mente las espléndidas tallas de los anónimos maestros escultores de África Negra, de Senegal, de Malí, de Zambia, de Nigeria, de Mozambique. Como las creaciones de estos auténticos artistas de piel negra, las obras del Padre Segundo suelen salir de un solo tronco virgen, aspiran a la verticalidad, reivindican el vacío como valor escultórico, y,

sobre todo, las hermanas el hecho de estar realizadas con la paciente labor artesana que sólo aspira a la obra bien hecha, más allá de la moda, el triunfo en el mercado o la fama en la gloria del parnaso artístico del momento.

Por otro lado, no estimo demasiado acertado calificar su obra de expresionista, sino más bien hablar en ella de la categoría de la expresividad. Y ello por una razón muy simple. Las esculturas del Padre Segundo salvo cuando suelen estar relacionadas con alguna postura del yoga y salvo rarísimas excepciones, por lo general, gracias a su origen y natural posición, presentan una clara aspiración a la verticalidad, o lo que es lo mismo, suelen tender hacia el cielo en su propósito de suprema espiritualidad. Si su estética estuviese íntimamente relacionada con lo que la ciencia del arte occidental ha calificado de arte expresionista, sus superficies serían mucho menos lisas y más agresivas, y sobre todo sus obras serían mucho más planas, tendiendo así hacia la horizontalidad de esa parte de la redonda tierra que el moderno hombre de nuestro tiempo percibe y concibe exclusivamente como suelo.

Por eso, si de hablar de expresionismo en su obra se tratara, habría que hacerlo en el mismo sentido en que se habla por ejemplo del Esclavo de Miguel Ángel, en que si bien es verdad que la tensión de su cuerpo y la rugosidad de la superficie de la piedra en que el singular genio de Renacimiento la esculpiera es lo que a primera vista se percibe, a la postre uno se da cuenta que ambas circunstancias en nada o casi nada pueden con el soberbio concepto clasicista del que toda la figura está impregnada. Tensión y dinámica de formas abundan también en la escultura de Segundo Gutiérrez, pero todo ello queda finamente amortiguado por la aspiración a la espiritualidad, al mensaje claro y sin estridencias, a la exclusiva retórica del humanismo, que en última estancia, nuestro artista propone como exclusivo mensaje trascendente de paz, amor y felicidad plenas de optimismo.

No puedo resistirme por último a su comparación con Alberto Giacometti, cuya pequeña escultura en bronce de estilizados hombres desnudos generalmente caminando, ha sido señalada por la crítica como el máximo exponente de ese arte europeo que en los años posteriores al II Guerra Mundial giró en torno a la filosofía del Existencialismo. Como en Giacometti, la figura humana es para Segundo Gutiérrez motivo obsesivo, con la diferencia de que el "homo" de Segundo no camina solitario, perdido en un mundo sin transcendencia, sino que reafirma un universo positivo en el que el hombre marcha de la mano del hombre, teniendo como aspiración última la espiritualidad que del mismo Dios irradia. Por eso su escultura es permanente demostración de virtudes morales.

Hoy sus Selenes, sus Dafnes, sus Sísifos, sus Céfiros y sus Cloris vienen de nuevo a resucitar la moraleja, a querer despertar en nosotros la permanente fuente de enseñanza y virtudes que esconden tras su aparente hermetismo, para toda mente cultivada que pueda o quiera acercarse a ellas. Y ello dignifica a esta casa, abre de manera tajante sus puertas hacia la sociedad a la que se debe y proyecta su nombre de grandilocuente manera en una actividad de cultura que ojalá sienta precedente para que en adelante puedan permanecer abiertas siempre que por algo se pretenda.